



# La última aventura de mis ojos

Los viajes académico -culturales no siempre se quedan en la recopilación de información ni en la observación fría del que quiere lograr una “idea objetiva” del evento que presencia. También pueden despertar en el visitante, sentimientos y emociones que estimulan la imaginación y nos llevan hasta mundos, como dice el autor de este artículo, “donde nunca estuvimos y en donde siempre nos recordamos”... Uno de nuestros alumnos de 6º semestre nos propone su visión de la visita a Zacán, haciendo gala de su vena poética.

**César Adolfo Arceo Arévalo**

## A manera de presentación

El presente trabajo nos muestra una visión particular de un viaje de prácticas realizado por los alumnos de sexto semestre de la Escuela de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, viaje que tuvo un recorrido de San Juan Nuevo a las ruinas de San Juan Viejo, desplazándose posteriormente a la comunidad de San Pedro Zacán, en donde se realizaría el renombrado *Concurso Artístico de la Raza P'hurepecha*. San Pedro Zacán se extiende como comunidad phurepecha dentro de la sierra tarasca. La comunidad sostiene su identidad cultural bajo dos tópicos que se han mantenido de manera regular. Dichas características son el ejercicio del uso del lenguaje étnico, mismo que sufre sus variaciones de acuerdo a las influencias que el territorio recibe. Por otro lado se encuentra el sentimiento de pertenencia a la comunidad que se maneja bajo el tenor de calidad agraria, siendo este tópico representado en las manifestaciones artísticas y en general culturales de la comunidad.

## De San Juan Viejo

Parecerá una carta, o un arrebato oral más que un trabajo, pero es que el alma busca hasta sus últimos poros para salir. Escribo desde un corazón abatido, arrasado y cargado de estelas de melancolía, escribo la última aventura de mis ojos en tierras ajenas, despertando en donde nunca fui y donde siempre seré recordado. Pisé la tierra ajena que me narra a cada paso su vida, su tiempo ya vivido. Nació el

diálogo entre los pies de quienes escucharon rugir al volcán, de quienes lloraron la desgracia para intentar secar la lava y de quienes revivían el momento en forma de tour.

Me sumé al diálogo y luché, juro que luché por no ser como los últimos, pero iba con ellos. ¡Perdóname tierra por pisarte con calzado y no haberte permitido susurrarme a los pies la verdad que sufriste! Las ruinas estaban hechas con imprecisión atractiva y bella, que dejaban dibujar un rostro en una piedra o una niña rezando al Cristo entre las bancas cubiertas por lava seca. Cerré los ojos para escucharle, contaba una historia, era un baile, algo que más tarde le regalarían a mis pupilas, la madre a un lado le miraba con extrañeza, la niña se dejó llevar por su interior y se paró bailando entre las banquitas a media misa, la madre le gritó a voz baja su nombre para que se sentara, de hecho nunca supe su nombre, me dejé llevar por el verdadero embrujo, el glamour, pero la niña seguía bailando y la madre no titubeó en pararse y tomar a su hija del brazo. Yo seguía toda la escena desde cerca, la madre levantó un pie, se veía con tierra y abrazado por un calzado sencillo pero apto, la niña ya fielmente en su papel, bailaba sin parar, sin sentir y ni siquiera pensar en la amenaza latente del golpe materno. La mano de la madre llegó por fin a su inevitable destino, el brazo de la pequeña, quien no dejó su trance y despertó un coraje tremendo en quien una vez la llevó en su vientre. La madre tomó aire casi como para un suspiro, pero el fin era otro, un grito de regaño. Mi mirada se tornó triste y temerosa, como esperando el caos, el cataclismo. Y así fue. La imagen, la magia y el embrujo se interrumpieron, justo cuando la madre gritaría, cuando despertaría a su hija del trance, justo allí alguien gritó algo así como: “...no sales en la foto,





Miriam!!!!...”. Abrí los ojos y regresé a mi realidad, un viaje de prácticas con compañeros de la escuela. Casi de manera automática volví a cerrar los ojos, quería saber que había pasado con la niña, con su madre, con la misa, con Cristo, pero ya no había nada, nadie. Volví a abrir los ojos, vi las ruinas que se mantenían recorridas y casi “adornadas” por mis compañeros. Me sentí triste.

Apagué la cámara que llevaba en mis

manos y me di cuenta de lo que pasó o al menos así lo pensé. La madre alcanzó a gritar tan fuerte que la niña, como se esperaba, despertó; pero el impacto fue aún mayor: la misa se detuvo, la niña al despertar y ver a su madre, sólo le sonrió con una cara de felicidad y cansancio y justo cuando todos iban a reaccionar frente al acto, una ola enorme de lava los calcinó casi instantáneamente.

La otra madre, la madre naturaleza, también le gritó a sus hijos ese día. Después de llegar al final de la historia, subí mi mano a la cara y descubrí una pequeña gota en mi mejilla, que por pena sequé de manera apresurada, aunque no me he puesto a pensar en su origen, si fue por la niña, por su madre y por el pueblo o por mis compañeros que gritaron y me despertaron del encanto.

Gracias a la magia que empapó ese lugar pude respirar lo que nunca habían acariciado mis cavidades olfativas, una tierra que reclama a sus hijos un abandono.

Caminamos de regreso a donde caminaron un día también los que sobrevivieron a San Juan Nuevo. El camino ya está trazado para aquellos extraños que usan lentes, mochila, short y botines de alpinismo, que llegan en grupos y que pretenden llamar a todos hermanos y que también se roban las imágenes con sus máquinas: de la

mamá cargando algo en su cabeza o de los niños que juegan entre el camino pedregoso. La estela del acto en sí llega mucho más allá, una mezcla de lenguaje que se vive en el momento en el que entras a una tienda porque las pilas se acabaron

o porque te dan el precio del agua negra de 500 mililitros... y aquí, justo aquí, los hermanos se desconocen y el respirar el aire puro que tanto se pregona en estos viajes, se mezcló con el Marlboro, con las Sabritas y la Coca-

Cola, que como ya nos dimos cuenta “siempre están en los mejores momentos” y a éstos no los alcanzó la lava. De hecho pudo faltar el atole en la feria del atole, pero no el buen trago de una *coronita* o de una de bote.

### De San Pedro Zacán

Unos cuantos minutos de la tierra que nos vio escondida por el polvo, estaba Zacán. Nos esperaban, al final éramos el público del evento. Había un concurso baile y música que llegaba a su final esa noche, nuestra noche. El crearnos expectativas de lo que veremos antes de vivirlo, siempre es un juego de azar, podemos encontrar algo más que en nuestra imaginación olvidó o bien podemos quedar en la siempre inevitable dimensión del vacío.

De una u otra manera, esperábamos a un pueblo pequeño reunido entre la naturaleza, que gozaba y compartía con quien estuviese a su lado la euforia de su baile y de su música. Las caras de mis compañeros y la mía cambió al ver el equipo de sonido, que si bien no era espectacular, marcaba algo que nos era familiar y que no queríamos ver allí, el coraje se hizo presente en mí cuando me di cuenta que el costo por recargar la cámara era de 20 pesos y remato sabiendo que el

*Escribo desde un corazón abatido, arrasado y cargado de estelas de melancolía, escribo la última aventura de mis ojos...*

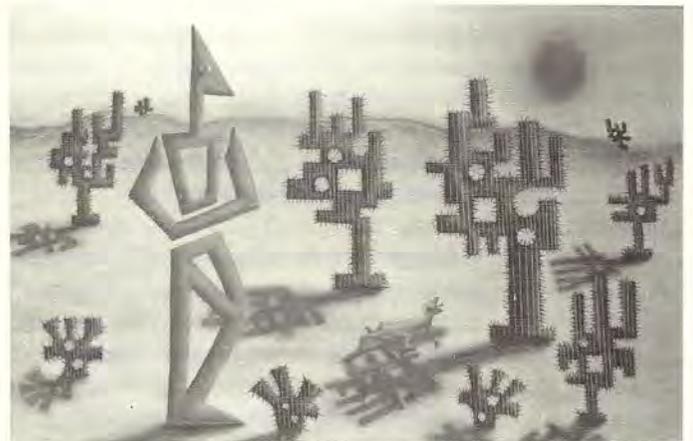




atole de la "feria del atole" ya no existía. Pudimos caminar por el pueblo antes del evento, de la final. La fiesta estaba concurrida, en efecto, los invitados veníamos de todas partes como nos lo habían dicho, pero tanto invitado no me dejó ver a los anfitriones, quienes por momentos aparecían entre la multitud o en otras ocasiones, estaban casi *en calidad de arraigo* en esquinas, como modelos de fotografía, algo así como la foto de Santa Claus en el Sanborns... Las calles eran como una pasarela de modas, en donde desfilaban los diseñadores extranjeros junto a una ropa que carga la segregación en la espalda envuelta en un rebozo. Me sentí como un asesino que justo cuando ha jalado el gatillo se arrepiente. La iglesia, como siempre concurrida y la banda en el kiosco de la plaza tocando hermoso sólo para quienes pasaban por allí.

*A unos cuantos minutos de la tierra que nos vio escondida por el polvo, estaba Zacán.*

El tiempo, como acostumbra hacerlo, nos consumió, cayó la noche y el frío nos abrazó, muchos llevaban a quien abrazar, lamentablemente yo no y tuve que preocuparme por encontrar dónde recargar la batería de la cámara, claro, sin pagar los dichosos 20 pesos. Aunque la espera se demoró, pude encontrar un lugar pequeño cerca del escenario y grabar los bailes y a sus músicos. La música entró de manera inmediata en mí y pude dejarme llevar por los compases que se disparaban de los cuatro tiempos y que se acompañaban por la euforia que se sudaba en aquel lugar. En algunos momentos me olvidaba de estar grabando. Pero el embrujo se hizo presente y se acentuó, cuando vi a "los que están unidos" (traducción del nombre del grupo de baile), quienes portaban trajes de encanto y atracción inevitable, se movían con pasos lentos pero elegantes, sólo había una mujer arriba del escenario, atrás de mí, alguien dijo que era hombre, de inmediato pregunté el por qué de usar la imagen de mujer, la respuesta franca y casi inmediata fue, porque a las mujeres no se les tenía permitido bailar, a lo que vino una serie de dudas en mi cabeza, que se manejaban en torno a la concepción de la mujer en la sociedad en la que estábamos, la importancia de la sola presencia de la imagen del dragón tal cual lo dice Alejandro Carrillo Castro, hasta recordar la pregunta que emana del caso Dora: ¿Qué es ser mujer? Ese acto era el regalo de la niña que bailaba en la iglesia y que fue sepultada por la lava. Las mujeres no tienen permitido bailar. Era demasiado en un espacio de tiempo tan corto. El contagio de la euforia para con "los que están unidos" me recordó la fragilidad de su existencia, misma que se fragmentó al escuchar una lluvia de saludos que el maestro de ceremonias daba a los invitados, a mis compañeros. Yo no pertenecía a "los que están unidos", a los que gritaban cuando escuchaban el nombre de Caltzontzin, yo pertenecía a los desunidos, a los que gritaban cuando escuchaban ser nombrados por un micrófono y querían ser reconocidos frente a los demás. Y con ellos me marché, de donde nunca estuve y en donde siempre me recuerdo...



Desierto

